

templemos en las producciones de su espíritu, centellas inmortales que, como una preciosa porción de su sér, deja el sábio sobre la tierra. Balmes nos parece mas grande al través del velo del sepulcro; porque desaparecido ya el frágil barro, no vislumbramos mas que el espíritu entre las nubes misteriosas de la eternidad. Cerró sus ojos cuando la sociedad europea ofrecia los primeros síntomas de una conflagracion general. ¡Qué teatro tan vasto iba á presentar el mundo á una mirada tan perspicaz! ¡Cuán fecunda iba á desplegarse á su vista la historia contemporánea! Respetemos su memoria como la de un ilustre ornamento de nuestra patria y de nuestro siglo."

Los restos escáñimes del sábio fueron colocados en un magnífico ataúd y espuestos al público, que penetrado de doloroso entusiasmo, acudia á contemplarlos. "Si en vida (*Soler*, página 23) cupieron al Dr. Balmes los mas distinguidos respetos de los mas altos personajes, así nacionales como extranjeros, en la muerte le ha dado su patria un brillante testimonio de aprecio, y de la dulcísima memoria que conservará de él eternamente. En efecto, desde luego que murió le consideramos todos perteneciente á la gloria nacional, y nos creimos interesados y obligados á procurarla y recogerla." Vich no siguió el ejemplo de otras ciudades ingratas, que negaron á sus preclaros hijos los honores póstumos, y no supieron conservar la memoria de su nombre, ni pagar el último tributo á la sabiduría y á la virtud. Todas las autoridades y corporaciones (21) "concurrieron á la ceremonia funeral, digna de un príncipe de la Iglesia (continúa *Soler*); y no hubo una persona notable en todas las clases y carreras, que dejase de asistir al entierro, celebrándose el oficio de cuerpo presente por el señor obispo electo." A las dos de la tarde del 11 de Julio se depositaban en el nicho número 113 del cementerio general de Vich las preciosas cenizas del sábio catalán, y el 11 de Agosto, bañados en lágrimas nuestros ojos, tuvimos la honra de visitar aquel enterramiento, acompañados por los Sres. D. J. Isaias Martínez y D. Tomás Portell. Despues de haber orado un breve rato en sufragio del alma de nuestro amigo, y cogido algunas hojas (las conservamos todavía) de los cipreses y arbustos que nacen en esos campos de la muerte, copiamos la siguiente inscripción:

LOS RESTOS MORTALES

DEL PRESBITERO DOCTOR DON JAIME BALMES, YACEN AQUÍ.

SU ALMA EN GLORIA ESTÉ.

Ni una lápida sepulcral ni un epitafio notable, anuncian al viajero que allí reposa un grande hombre. En vano sus compatriotas escitaron la generosidad española, para erigir un panteon (22) que eternizase la memoria del ilustre finado. Cuando los pueblos gimen agobiados bajo el peso de graves infortunios, y en las provincias catalanas arde la guerra civil, y Vich es un campamento, y los ánimos están absortos contemplando una conflagracion europea de que no hay ejemplo en la historia, escasas personas responden á tales llamamientos, por mas que los consideren patróticos, dignos y plausibles. "Y mientras las letras y las artes (valiéndonos de las palabras de un doctísimo biógrafo) han prodigado sus bellezas á la lisonja y al poder, y acaso al crimen y á la iniquidad, ¿no se honrarán las reliquias del varon insigne con un sencillo y decoroso mausoleo, en el cual, ostentando las nobles artes su filosofia, inspiren aquel acatamiento y veneracion que, sirviendo de perpetuo escitativo á las generaciones venideras, las dirija por el camino de la virtud y de la sabiduría?" Si los sentimientos de la generosidad y los estímulos de la gloria literaria están adormecidos en un país trabajado por continuadas calamidades; si las invitaciones dirigidas á perpetuar la fama de los grandes genios son desatendidas; si los pensamientos á este objeto encaminados no se verifican, deber es de un gobierno sábio y esento de mezquinas pasiones despertar esos sentimientos, reanimar esos estímulos, secundar esas invitaciones, realizar esos pensamientos que glorifican á sus autores y á sus Mecenas, marcan el carácter de la época, enaltecen el nombre español, y sirven de leccion y de consuelo á las futuras gentes. Todos los pueblos juntos han immortalizado magníficamente la memoria de sus esclarecidos hijos; y España, que en nuestros dias supo vengar á Cervantes, á Murillo, á Calderon y á otros ingenios sobresalientes, de la envidia ó del abandono de sus contemporáneos, no permitirá que el nombre de Balmes quede oscurecido, y su sepultura confundida entre los humildes nichos de un vasto cementerio. Vich, honrando las cenizas y el nombre de Balmes (23), "ha cumplido los deberes de la gratitud y del respeto hácia el inclito compatriota, el sacerdote virtuoso, el sábio escritor cuya justa celebridad no cabe en los limites del territorio español, y se estiende por los países mas ilustrados de Europa y de América." Pero España debe responder al llamamiento y seguir el ejemplo de aquel pueblo ilustre, si no quiere aparecer ingrata ante el tribunal de la inescrutable posteridad. Es cierto que Balmes, grande por su propio mérito, no necesita mausoleos, ni estatuas, ni pirámides que lo immortalicen; "importa, sin embargo, pa-

gar á los difuntos preclaros (dice Cienfuegos) el tributo de gratitud de que les son deudores los vivos; importa estimular la ambición de éstos honrando extraordinariamente la memoria de aquellos; importa multiplicar las obras y proclamar los nombres de los insignes maestros que son radiantes lumbreras de la literatura española.”

Zaragoza y Barcelona celebran á la par de Vich (24) solemnes exequias en sufragio del alma de aquel varón justo; dos escritores respetables (los Sres. D. Antonio Soler y D. Benito García de los Santos), cuya ilustración y distinguidas cualidades literarias reconocemos y acatamos, publican la biografía del eminente catalán; varios poetas cantan en sublimes acentos la muerte del sábio; Francia, Inglaterra é Italia (\*) rinden también homenaje á la memoria del célebre publicista; todos sus amigos y admiradores le lloran y le ensalzan. Justo será también que Madrid, corte de España y domicilio del admirable escritor, imite el ejemplo de aquellas ciudades, y después de ofrecerle los sufragios de la Religión, dedique un recuerdo monumental é histórico, siquiera sea modesto y humilde, como fué humilde y modesto el sábio á quien se consagra.

Un rumor grave, que no debe pasar sin correctivo á la posteridad, difundióse por toda España y llegó á las naciones extranjeras, sembrando la duda y la alarma en algunos ánimos. “El cadáver de Balmes (se dijo) ofrecía ciertos signos característicos de envenenamiento.” Soltáronse muchas lenguas para denunciar con tono de absoluta seguridad la existencia de ese gran crimen, y las gentes acogieron el rumor en vez de sofocarlo y desmentirlo como indigno del nombre español. Para dar mayor verosimilitud á tan malaventurada propalación, se decía, y á nosotros nos la han repetido en España y en Francia personas muy respetables: La tisis no produce un desenlace tan rápido como el que experimentó Balmes, ni unas convulsiones tan fuertes; en el cadáver del tísico no se observan las señales que tenía el de Balmes: hay venenos lentos, y otro celeberrimo catalán (25) murió envenenado. ¿Quién asegura que Balmes no lo haya sido, casual ó malignamente, en alguno de sus viajes por España y países extranjeros? Solo Dios y el envenenador, si existe, saben la verdad, porque no se hizo autopsia.” Al suscitarse esta conversacion en Lérida, en Barcelona y en Vich, observábamos que las opiniones no eran unánimes. Algunos decían: “puede ser que haya sucedido á Balmes lo que á Vallfogona;” otros calificaban de vulgaridad y de absurdo semejan-

(\*) Jacques Balmes, sa vie et ses ouvrages, par M. Alberic de Blanche-Raünin, sous presse chez les editors Sagnier et Bray, Paris.

te sospecha, y de crédulos y visionarios á cuantos la prohibaban; muchos vacilaban y suspendían el juicio. Para nosotros es indudable que Balmes murió tísico, y en esta profunda creencia nos acompañan los parientes, facultativos y amigos que asistieron al enfermo. Podemos también presentar los datos siguientes. El día 3 de Agosto de 1848 nos dirigía desde Lérida el profesor de medicina D. Ramon Miquel la carta que dice así:

“Sr. D. B. de Córdoba.—Muy señor mío y de todo mi respeto: No debe V. olvidar al llegar á la muerte de nuestro esclarecido catalán Balmes, que sobre ella se han formado mil hipótesis, mil conjeturas mas ó menos gratuitas, y hasta los mismos periódicos han aventurado su opinion. Balmes estaba dotado de una sensibilidad exquisita; de una fibra movable, delicada; de un temperamento decididamente nervioso; ¿qué mucho, pues, que muriese entre convulsiones, aunque sean ajenas de las enfermedades de pecho? Es un axioma antiguo el *quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur*, y por esto Balmes podia padecer convulsiones en los últimos momentos de su mal, como un síntoma accidental en virtud de su temperamento, y de las causas que sobre su ánimo habian obrado. Todo hombre tiene dentro de sí una antorcha que le guía en los diferentes actos de su vida. Balmes en vez de antorcha tenia un volcán que todo lo consumia, todo lo convertia en cenizas; y aquel fuego sagrado hizo salir antes de tiempo su alma grande. He aquí un veneno lento, pero fuerte; latente, pero activo para el malogrado Balmes. Queda de V. &c.—Ramon Miquel.”

En la relación del Dr. Campá leemos:

“Fué víctima el Sr. Balmes de una tisis pulmonar tuberculosa, aguda. Su estado anterior, la conformación y estructura de su cuerpo, la naturaleza de los trabajos á que se habia dedicado con tanta asiduidad, los dos ataques pulmonares que habia sufrido anteriormente, y los síntomas que ofreció en su última dolencia, no dejaron á lo menos duda alguna sobre el particular, tanto al médico de cabecera, que era yo, como á los doctores D. Joaquin Cil, catedrático de la facultad de medicina de Barcelona, D. José Font y D. José Casas, médicos de Vich, que fueron llamados en consulta. —Vich, 10 de Agosto de 1848.—Clemente Campá.”

Los émulos del difunto propalaron una especie infamadora y maligna, que tampoco debe pasar sin contestacion. “Balmes, decían, puede ser considerado en política como el *Lamennais* español. Balmes antes que esto sucediera ha deseado (\*) una muerte prematu-

(\*) “Nada puede prometerse el hombre de sus propias fuerzas; todo puede temerlo de su orgullo; pero antes de que me sucediese semejante desgracia, espero que Dios me enviará una muerte temprana.” (*Pensamientos de la Nación*, tomo 5, página 522.)

ra: Balmes en su opúsculo *Pío IX* abandonó el camino que hasta entonces siguiera; luego Dios oyó sus votos enviándole una muerte temprana, antes que el *Lamenmais* político se convirtiera en el *Lamenmais* prevaricador." Cuando los argumentos se fundan en conjeturas morales ó providenciales; cuando se invocan los designios del Altísimo cubiertos con impenetrable velo; cuando se buscan causas sobrenaturales en vez de las frecuentes y ordinarias; cuando se apela al Criador supremo para comprender las vicisitudes de la miserable criatura, es necesario contestar *a pari*, demostrando así que son absurdos ó sofismas. Nosotros replicaremos de esta manera. La reseña que en lugar oportuno hicimos del *Pío IX* y de los periodos mas notables de la vida y de la muerte de Balmes, de esa muerte ejemplar, ya que no santa, prueban cuán ardiente era su fé (26), y cuán distante se hallaba de seguir las huellas del desventurado *Lamenmais*. Si se insiste en decir que fué un castigo de Dios la muerte de Balmes á los 37 años de edad, contestaremos que muchos sábios, muchos santos desaparecieron tambien del mundo en la flor de su juventud. Balmes murió jóven por las causas naturales que dejamos espuestas; y si se buscan otras sobrenaturales, estaremos en nuestro derecho asentando que Dios llamó á su ejemplar ministro para que habitase en la region de los justos, lejos de un mundo falaz y corrompido. Creemos que esta respuesta, sobre ser mas lógica, es tambien mas conforme á las máximas del cristianismo, que condena los juicios temerarios; y temerarios hasta el último grado de escageracion y de malignidad son los de que se trata. Hay argumentos indignos de una refutación seria y detenida; por eso no damos mas latitud á la nuestra, abandonando otras consideraciones al juicio del lector. "Dios tiene á Balmes en su gloria (*Soler*, página 25), el mundo literario y la patria en lo mas íntimo de su corazon, y la santa Iglesia romana en el número de sus hijos predilectos, mirándole todos con las mas tiernas demostraciones de consideracion, respeto y amor (27)."

Acerca de la situacion económica de Balmes, hay notable discordancia, y diremos francamente que nuestras investigaciones no han producido los resultados que deseábamos. Ya se comprenderá la dificultad de aclarar ciertas particularidades que pertenecen á la vida íntima de las familias, y se envuelven en un secreto que es preciso respetar cuando sus depositarios no tienen á bien revelarlo. Han dicho los periódicos que el caudal de Balmes ascendia á un millon de reales; no falta quien suponga ser mucho mayor, y quien, por el contrario, asegure que apenas llega á treinta mil duros. Registrada en el oficio de hipotecas de Vich la disposicion testamen-

taria, consta (28) que Balmes *no dejó bienes inmuebles*; y como del dinero y de los bienes semovientes no se tomó razon, tampoco puede saberse el capital, ni de la manda reservada, ni de la herencia del finado. En su *vindicacion* dice: "Es sensible descender á por menores de intereses pecuniarios; pero ya que á ello se me obliga, lo haré. ¡Soy yo culpable de que el público se haya empeñado en comprar todas mis obras, agotando en breve tiempo las ediciones? ¡Soy yo culpable de que el *Pensamiento de la Nación*, poco tiempo despues de fundado, ya se sostuviese abundantemente con las solas suscripciones, y de que á pesar de ser un periódico semanal, que con un solo ejemplar satisface la curiosidad de muchos lectores, tenga mas suscripcion que algunos diarios, y no necesite de nadie para nada? ¡Soy yo culpable de que por estas causas mi fortuna mejore?... No tengo mas patrimonio que mi pluma; pero mi pluma es para mí un patrimonio honrosísimo, y muy suficiente para vivir con independencia."

Cuando hemos dicho que si las *Observaciones* anunciaron al mundo la aparicion de un sábio, el *Pío IX* fué la cancion de muerte de este sábio, aludiamos á sus obras publicadas. En nuestra primera conferencia con D. Miguel Balmes le rogamos que tuviese la bondad de facilitar una nota de los borradores de su hermano, y nos contestó que ecstiendo la mayor parte de sus papeles en Madrid, y no atreviéndose á reconocer los que tenia en Vich y en Barcelona, porque su sensibilidad se afectaba estraordinariamente, le era imposible acceder á nuestras súplicas. Manifestó, sin embargo, que hablando con el Dr. Balmes poco antes de morir acerca de la impresion de la *Filosofía elemental* traducida al latin, significó sus deseos de dar á luz tambien un tomo de *poesias*, y otro cuyo asunto es la *República francesa* de 1848. Algunos amigos del docto presbítero nos han dicho que tenia el proyecto de escribir tres obras mas: *Cartas á los seminaristas* de España, *Elementos* de matemáticas, y *El Cenobita*, refutación de las *Ruínas de Palmira*. Ignoramos si ecstie algún borrador relativo á estas obras, y al *discurso* que debia pronunciar ante la Real Academia española en el acto de su recepcion como individuo de la misma. Parece que se proponia dilucidar uno de los puntos siguientes: *La sabiduría y la religion: bellezas de la lengua castellana: la prosa y la rima*. Consignamos estas noticias dubitativamente, y tales como se nos han comunicado. Lástima grande seria que los fragmentos y apuntes, siquiera incorrectos y llenos de lagunas, no viesen la luz pública despues de una concienzuda y prolija revisión. El hermano del ilustre difunto por dar su consentimiento, y el eru-

dito revisor por emprender esta difícil, aunque gloriosa tarea, prestarían un eminentísimo servicio á las ciencias, y serían dignos de la gratitud nacional ahora y en venideros tiempos. Sempiterno elogio merecerá igualmente quien publique las disertaciones, los índices y extractos de libros, las cartas curiosísimas y el raro conjunto de materiales pertenecientes á todo género de literatura, que es fama se han hallado en el gabinete de su estudio.

Las individualidades, los hechos, las palabras y los escritos de este varón insigne, presentan en relieve su carácter, sus costumbres, su admirable talento y su inmensa sabiduría. Si algún lector nos imputase la falta de prolijas reflexiones y de juicios comparativos (29) que suelen ilustrar los trabajos históricos y los estudios biográficos, responderemos con Labruyere: "que la historia es ciencia de los hechos, no conjunto de comentarios." Balmes, el elegante razonador, el sesudo publicista, el virtuoso sacerdote, merece un libro mas bien acabado que el nuestro; merece un cuadro cumplido, no un diseño imperfecto. Creemos, sin embargo, que esta *Noticia* estimulará el patriotismo de los literatos españoles á escribir dignamente la vida de aquel hombre grande, y á considerarlo en todas sus relaciones con la política, la civilización, la filosofía, la historia y el Catolicismo. Abrigamos la esperanza de que nuestros votos se cumplirán. En caso contrario, tal vez acometeremos una empresa que, si es superior á nuestras fuerzas, procuráramos suplirlas con todo el celo, perseverancia y aplicación de que seamos capaces. Un antiguo poeta dijo:

*Non habeo ingenium; Cæsar sed jussit, habebo.*

Nosotros, amplificando este pensamiento, podemos decir también: "Aunque faltos de ciencia y de ingenio, el honor nacional y la gloria de nuestro país nos mandan escribir, y escribimos. Estos sentimientos nos inspirarán; y los errores de nuestra escasa inteligencia quedarán hasta cierto punto compensados con la eficacia de una resuelta voluntad."

Terminaremos la primera parte de esta obra repitiendo el homenaje de profundo reconocimiento á todas las personas que nos comunicaron los datos necesarios para escribirla: felicitando á la ciudad de Vich, cuna de tantos varones célebres (30), por haber ilustrado su catálogo con el nombre de *Balmes*: dedicando á aquella patria adoptiva nuestra, como leve ofrenda de predilección y de gratitud, estas páginas, consagradas á la fama póstuma de un gran sábio y de un ejemplar ministro de Dios.

## PARTE SEGUNDA.